

CIENCIA AL LÍMITE (Fringe)

Miquel Barceló

Este verano me he visto las cinco temporadas de una serie de televisión. Me refiero a *Fringe* (que aquí algunos [y la propia serie] traducen por “Al límite”). No se sorprendan, tengo a gala leer los libros o ver las series no precisamente cuando están de moda (vaya concepto más ridículo, ¿no?), sino cuando me apetece. En este caso, me he tragado más de setenta horas de episodios bien hechos pero un tanto preocupantes. Y de eso les quiero hablar.

Fringe se plantea como una visión de la ciencia al límite, casi siguiendo la estela de la Segunda Ley de Clarke (*La única manera de encontrar los límites de lo posible es ir más allá de esos límites y adentrarse en lo imposible*). Una expresión que uno de los protagonistas, el científico “loco” Walter Bishop, hace suya en diversos de esos episodios.

La primera objeción procede de las palabras que forman la carátula de la serie y establecen el inicio de cada nuevo episodio: *wormholes* (agujeros de gusano), *singularity* (singularidad), *transhumanism* (transhumanismo), *synesthesia* (sinestesia), *speciation* (especiación), *pandemic* (pandémico), *reanimation* (reanimación), *neural networks* (redes neurales), *telepaty* (telepatía), *transcendence* (trascendencia), *retrognition* (retrognición) y *biotechnology* (biotecnología). Toda una declaración de principios que mezcla parte del vocabulario científico actual (agujeros de gusano, singularidad, redes neurales o biotecnología) con el esoterismo y los *X-files* más habituales.

La frontera entre ciencia y “camelo” queda con eso suficientemente diluida.

La serie empezó mal, con mucha sangre y muchas vísceras que hacían poco agradable su visión. Con el tiempo, se centró en el enfrentamiento entre dos universos paralelos (pobre Everett, con los muchos universos que imaginó, aquí sólo salen dos...) lo que da mucho juego con los mismos personajes haciendo papeles distintos en la guerra entre los dos universos.

Pero, como suele suceder con las series de televisión donde está metido J.J. Abrams hay muy buena presentación, buena realización cinematográfica y todo lo que afecta al aspecto más visual de las series, aunque hay mucho timo en los argumentos. No voy a recordar aquí lo mucho que molestó a los seguidores de *Perdidos* (*Lost*, que duró seis temporadas, de 2004 a 2010) con un final a todas luces improvisado y falso a más no poder. Abrams parece distinguirse en hacer series con gran espectacularidad cinematográfica pero escasa seriedad en los guiones. Estos se van complicando debido a los elementos que se introducen para mantener el interés de unas imágenes muy bien realizadas, pero un tanto vacías de contenido.

En *Perdidos*, se tuvo que cerrar la serie y los muchos misterios que había abierto en un único episodio, ese que desengañó a tantos de sus seguidores. Afortunadamente en *Fringe*, se dispuso de media temporada (trece episodios) para intentar “cerrar” algunos de los absurdos líos y misterios en los que la serie se había metido tras cuatro temporadas exitosas (aunque con menos éxito que, por ejemplo, *NCIS*, *Navy: Investigación criminal*, que le dobla la audiencia y ha aguantado ya doce temporadas... algo que los líos crecientes de las series de Abrams siempre han impedido...).

Lejos estamos ya de los tiempos del *Babylon 5* de J. Michael Straczynski que escribió 92 de los 110 guiones de la serie y pudo mantener un diseño único con trama específica a lo largo de cinco temporadas manteniendo además episodios independientes.

Y eso sin necesidad de mezclar ciencia con pseudociencia que es, en el fondo, lo que más me ha molestado de *Fringe*. No parece sano mezclar cosas serias con tonterías, aunque pueda ser provechoso crematísticamente...

